Tom. II. Num. 33. —57— 26 de Noviembre de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

EL COCINERO DE LA RISA
Á LOS ESPAÑOLES (1).

A La Risa corred, ciudadanos,
á La Risa veloces volad,
jih! jih! jih! para siempre esclamando,
joh! joh! joh! juh! juh! juh! jah! jah! jah!

Españoles: la situacion me pertenece. Dios ha salvado á La Risa. Ya no hay partidos!... Una era de paz y de reconciliacion ha dado término feliz á nuestros males. Este va á ser un siglo de oro, y la España un Paraiso terrenal. Alegres suscritores, buscad la Risa. *Suscriptores Placidi Quærite Risam.*

Ciudadanos! completad la obra. En España no se piensa ya mas que en comer, beber, dormir y leer La Risa. Acudid todos á suscribiros y os daré un voto de gracias. Carcajada ó muerte. Viva La Risa soberana. Muera la politica. Palacio del Ambigú á los 26 de noviembre de 1843.

Abundio Estofado.

PERCANCES NOCTURNOS.

Trastornado y todo revuelto está el gabinete de Clarita; de tres criadas que hay en la casa, dos andan al retortero y como palóminos atontados; su vetusta madre, doña Baltasara, está que trina, pues con el aderezamiento de su única hija no ha dado de comer á la perrita Estrella, ni al galguito inglés Cupido, objetos de su predileccion. El tocador parece un cuartel general: allí pomadas de todas clases, cepillos para los dientes, para el pelo, tenacillas, jabon de olor, peines... en fin, todos los chismes de errar bola. Tres veces ha tenido que llamar una

(1) En La Risa no se ha repetido ninguna caricatura, ni se reproducirá en adelante. Todas serán nuevas á escepcion de las que representando un sujeto determinado, como la presente, haya precision de reproducirlas. Esto, si acaso acontece, será muy rara vez. Nuestro Don Abundio se verá tal vez obligado á reaparecer como ahora en la escena en ocasiones solemnes, como la actual, en que no hay duda que es positiva la reconciliacion de los españoles, supuesto que todo el mundo se rie de ella. Lo que puede la alegria y el contento!

criada á la modista, pues segun la fastidiosa Clara, el vestido de moaré que estrena aquella noche, le hace una arruga en el talle. La madre se despepita por encontrar aquellas flores que adornaron sus sienes *in illo tempore*, cuando se casó Cárlos III. Abrir y cerrar cajones, pero en vano. Ya por último abre una cómoda y las encuentra, tan pronto quiere cerrar que se coje los dedos, y ¡aquí fué Troya! tira las flores y caen en un brasero recien encendido, y se arma en el gabinete una chamusquina de trescientos mil demonios. Acude una criada á socorrerla, y Clara la dice «antes es vestirme yo, que favorecer impertinencias» á lo que contesta la madre hecha una furia, amenazándola con un silletazo. Clara es inalterable y sigue apretándose el corsé que es una bendicion de Dios. Se pone el rico zapato de tabinete, el gran pañuelo merino, su gorro de terciopelo de casa de madame Petibon, su sombrillita, que aunque está para llover, *es la moda*; pone agua de colonia en su pañuelo de batista, y hete aquí, *risueño* lector, una coqueta á toda vela. La vieja acartonada echa maldiciones sin tino por aquella boca de descomunion, pero

predicar en desierto
sermon perdido.

¿A dónde se les figura á vds. que va tanto lujo? á un teatrillo casero y de mala muerte de la calle de Gitanos, en el que aquella noche hace Simon Tragaldabas, amante presunto de Clarita, el papel de D. Frutos en la comedia el *Pelo de la dehesa*, y ha convidado á su novia á la funcion, y así es que esta se pone de punta en blanco por *dar golpe en el salon*, y porque la echen el lente y cosas por el estilo; y aquel anda mas hueco que una vela mayor de un navío navegando con viento fresco á la cuadra, y da sus saltícos correspondientes en pensar que él es un segundo Don Quijote favorecido por su adorada Dulcinea. Clarita espera á un sócio que la ha de acompañar hasta el local del teatro. Tocan la campanilla y asoma un hombre, si podemos llamarle así, pequeño, rechoncho y de mala cara, con su cigarrillo en la boca, muy jaque y echándola de plancheta, con mas capa que un alcalde de monterilla, y despues de entrar en la sala como lo hace el sultan en la mezquita, «señora, la dice, vengo de parte del director de la sociedad para que tenga vd. la bondad de honrar con su presencia la funcion de esta noche;» ni mas ni menos que como se hubiera convidado á la reina de las Españas. —Supongo que vd. la acompañará luego despues de concluida.—Sí señora, pierda vd. cuidado.—Y se van ambos acompañados, hasta la escalera, de doña Baltasara, que dice en voz magistral: «hija no tardes mucho, mira lo que haces, cuida bien la ropa, porque sino me va á dar un ataque de nervios, ó me va á acometer la pícara jaqueca.»

Se fueron el cómico, y la taranbana de Clarita llegando en pocos momentos á la calle de los Gitanos. La madre se puso á rezar el rosario con los criados, que no les faltaba mas á los infelices para remate de fiesta. La noche amenazaba lluvia. Entró en el salon nuestra emperegilada Clara, y nadie la dirijió el lente, como se lo figuraba; pues los concurrentes eran de garrote en ristre, y de pantalones de campana, y algunas hijas del Avapies y de las Vistillas. Creia (lo que menos) trabar conversacion con alguna aya de S. M. ó con alguna marquesa ó baronesa de poco tren, y el primer saludo que tuvo fué ¡uf! y ¡qué espetá que va su escelencia!... mírala bien Alifonsa, parece una ave fria.» Mal sentó á la jóven semejante recibimiento, y dos rosetas encarnadas se fijaron en su rostro, y por que rara casualidad tuvo á su lado un don Judas, acreedor á los bienes de su madre, con quien tuvo un pleito muy intrincado, y del que salió como el zorro de Belliscas, con el rabo entre las piernas. Toda la noche estuvo echándola unos ojos de hiena, que no parecia sino que se la queria tragar, y ella le contestaba con cierto gesto de indiferencia y de desprecio. ¡Infeliz criaturita! estaba abrasada por Oeste y por Levante. No la hacian tampoco maldita la gracia, las gracias ó simplezas que su amante mal parlaba, pero lo que este hacia á las mil maravillas era degollar la comedia, que naufragó *soberanísimamente* en medio de aquel golfo de bárbaros. Se trató despues de regalar á Clara un cuarteron de pastillas, (¡cómo se despilfarraban!) y luego que lo propusieron se aprobó el dictámen por *unanimidad*. Escotaron á cuarto los diez y siete sócios, ó sucios, de que se compone la sociedad del *Letéo*: bajó á la confiteria el mas listo de ellos, y á la vuelta se chifló la mitad en el camino, presentándoselas despues Simon á Clarita, como en triunfo, y llevando tras sí todo su estado mayor, que parecian mas bien ánimas de la ortera; y aun no habia puesto en las delicadas y abarquilladas manos de su amada Dulcinea el rico y espléndido regalo, cuando una mano de aquí, cinco *dátiles* de acá, y una manopla de allá se apoderaron del cucurucho en un decir Jesus, y se quedó la pobre como sobrecogida y sin saber lo que le pasaba, derramando despues un lagrimon como una castaña, haciendo pucheritos, y poniendo una cara de Jeremías que desconsolaba. Hubieron de amoscarse Simon y compañía, y despues de haber mediado palabras injuriosas de una parte y de otra, entró el poder ejecutivo.

¡Qué cisco se armó! ¡san Blas!
¡qué intrincada pelotera!
¡qué noche de Satanás!
«pícaro bribon, atrás...

ó lo echo por la escalera.»
Cual agarra un bastidor
para tirarselo á otro,
cual pilla al apuntador
y le llama ruin, traidor,
asno, genizaro y potro.
Hubo hombre que el violon
á otro le quiso arrojar,
y quien deshizo el telon
de tiras en gran porcion
para sacudir y atar.
De las navajas se tira,
«pobrecillo, mia no venza...»
y Simon que asi los mira
de la sala se retira
con mas miedo que vergüenza.
Y las velas se apagaron
y era aquello un laberinto,
las ventanas se cerraron,
y tambien de allí volaron
la gorra... el pañuelo... el cinto...
¡Ay qué caos! ¡santa Mónica!
corria un viento algo frigido,
y entró con risa sardónica
y faz astuta é irónica
de barrio un alcalde rigido.

Si señores mios, les puso las peras á cuarto. A Clarita lo mismo que á las demas prójimas las dejaron escapatoria, llovia á cántaros y el viento huracan se paseaba con absoluta libertad por todos los ángulos de la capital de la Peninsula; y preguntando una desgarrada manola á la acongojada y cari-acontecida jóven: «¿Me sabrá usté decir qué hora es? Buscó Clara con impaciencia su reloj, pero... no lo encontró, se lo habian robado... Ya eran las doce y media de la noche, y la voz de los serenos hacia que al mas pintado se le erizasen los cabellos. La desventurada Clara, no bien habia andado veinte pasos, cuando iba ya hecha una sopa. Mil pensamientos tristes y románticos le asaltaban su imaginacion, llevaba el alma en un hilo. La fuerza del temporal la obligó á refugiarse debajo de un portal mezquino y sin luz ninguna por maldicion, y decia compungida:

«Adios, galas para siempre,
no me las pondré jamás,
mi vestido se acabó
ya es un trapo de fregar.
La repeticion perdí,
y mi madre ¿qué dirá?
la vá á dar un accidente,
¡oh vírgen del Tremedal!»
Cuando esto dijo entró un hombre
en el lóbrego portal,
muy calado de sombrero
y muy puesto de gavan.
Era don Judas el mismo
¡maldita casualidad!
la gallina y una zorra
se volvieron á juntar.
Calló la jóven, y el hombre
en silencio sepulcral,
andaba de arriba á abajo
y al contrario sin parar.
Pero en una de estas vueltas
hubiéronse de encontrar
y un pisoton dió don Judas
á Clarita anjelical,
que gritó con agudeza
«¡Ay mi dedo!»—¿Quién va allá....?
dijo el acreedor entonces,
medio muriéndose ya:
el alma de mi muger.....
¡pícara noche infernal!
¿qué te reze padre nuestros.....?
yo te rezaré... el misal.
Y uno tras otro corrian
topando aquí y acullá,
dando chillidos *á duo*
y en este intrincado wals
al dar una media vuelta
se cierra la puerta y ¡zás!
quedan entonces sumidos
en completa oscuridad.
A poco llega don Braulio,
abre su puerta formal,
aunque viene echando pestes
á san Pedro y á san Juan,
que se estuvo en la tertulia,
contra el órden regular,
dos horas y ahora se teme
la *sequitis pulmonal*,
Y... vámonos á la prosa
que el verso me cansa ya,
y de tirar el tintero
mil intenciones me dan.
Y el asonante me aburre,
sin poderlo remediar,
y me pone un geniecillo
de demonio ó de alcotan.

Don Braulio Econominguez (que hasta su apellido olia á miseria) era un empleado en loterias, y habitaba un cuarto cuarto, es decir, graduado de boardilla *á claustro pleno*.

Como hemos sentado antes, (espresion abogadesca por todos cuatro costados) venia de la tertulia, la cual se componia del INNUMERABLE número de un cesante, dos viudas, un exclaustrado, un secretario del Hospicio y él; ¡vaya unos apuntes! y á donde se iba todas las noches, por no gastar

luz ni tiempo, es decir, ¡por ocuparse en algo.

Abrió su puerta, y no bien hubo entrado, cuando se agarró al capillo de su capote el acreedor don Judas como una ladilla, quiso aquel encender un fósforo, y al ir á hacerlo se prendió toda la caja, y la llama se trasmitió en un *santiamen* á la peluca del acreedor, que parecia un copo de estopa ardiendo, y ambos gritaban que se las pelaban «¡fuego!» «ladrones.»

La mal aventurada Clarita, estaba medio convulsa al ver escenas tan en alto grado trágicas. A los desaforados gritos de los dos *vejestorios*, se puso en movimiento toda la vecindad, que era cosa risible, el ver allí en medio de la escalera y casi en camisa á hombres y mugeres, con velones unos y otras con candiles. Los serenos acudieron tambien y despues de averiguada la verdad, uno de ellos acompañó á Clarita á su casa. A todo esto soplaba el huracan que era un primor, y el agua caia á cántaros. ¡Qué situacion tan mística!

Doña Baltasara, viendo que tardaba tanto su hija, mandó una criada al teatro, la que en vez de cumplir con el mandato de la dueña Quintañona, se estuvo hablando en la calle con el criado del cuarto principal, asturiano por mas señas. Vino tarde y dijo... cuatro mentiras improvisadas, que échele usted un galgo á los embolismos que abortaron de aquella boca. Ya se iba durmiendo doña Baltasara, y ya decia su cabeza que sí... era hora de acostarse, cuando tres golpes y repiquete sonaron en el abovedado portal. Rapidamente se levanta una de las criadas que con tal precipitacion quiso bajar que tropezó con una mesa, en donde habia un chinesco juego de café y todo fué al suelo y se hizo añicos. Al estrépito sale doña Baltasara medio acongojada, al ver hecha cisco la mejor alhaja que le quedaba en el gabinete de sus antigüedades.

Da voces descomedidas y alborota á todos los vecinos que aplican el oido á las ventanillas de las puertas. Entra Clara destrozada y como si hubiera estado en la batalla de S. Quintin, segun lo estropeada que venia y lo sucia y despelotada.

¡Ay hija de maldicion!
dijo doña Baltasara,
¿qué tienes en esa cara
que pareces un tizon?
¡Calle! y la repeticion?...
te la han robado... yo muero...
—Se encarga otra al relogero,
dijo Clara con cachaza.
—Quitate de ahí bribonaza;
¡mira! que... me desespero.
Ya no tienes que ponerte,
¿de qué sirve mi trabajo?
parecerás un pingajo
y nadie podrá ya verte.
De esta no escapo, la muerte
es solo lo que me aguarda,
y mucho en verdad se tarda.
¡Hija perversa! ¡hija ingrata!
ese descaro me mata,
me desmayo... todo se arda.
Y le dió una pataleta
y sobre el sofá cayó...
y aquí, Ayguals, se concluyó
esta nocturna historieta.

EDUARDO LOPEZ PELEGRIN.

A los redactores de la Risa.

Aunque mi tosca pluma
siempre á escribir en verso fué remisa,
tal congoja me abruma,
señores redactores de LA RISA,
que ya en prosa, ya en verso,
he de mostrar mi pena al universo.
Cuando LA RISA leo
desconoce sus límites el gozo,
mas la de este correo
mi gozo entero lo arrojó en el pozo,
que tambien tras la risa
del enojo la calva se divisa.
De cuatro literatos
de los mas distinguidos de la corte
se ofrecen los retratos
al que cincuenta reales, del importe
(con generoso ahinco)
adelante, de entregas veinte y cinco.
Si la igualdad proclama
el superior gobierno de LA RISA,
que cumpla su programa;
un suscritor *á medias* se lo avisa,
y no siga la moda
de negar lo ofrecido si acomoda.
No aceptes las lecciones :::
(seis puntos suspensivos aquí pongo
pues solo con razones
probar las sinrazones me propongo,
por que tengo por mengua
en faltas de otros encebar mi lengua.)
No hay mal que no me sobre,
remedio mi desgracia no consiente,
y me encuentro tan pobre
como lo puede ser un escribiente,
que solamente cuenta
con cinco reales de diaria renta.
Con ellos me mantengo,
me visto, y casa y lavandera pago,

y aunque muger no tengo,
mi dinero me cuesta el dulce halago,
que la fácil fregona
tributa alguna vez á mi persona.
Por cuanto aquí os refiero
formado habreis el oportuno juicio,
avaluando primero
que vale el pecuniario sacrificio,
del que, siendo tan pobre,
tan solo por reir gasta su cobre.
De mi pesar profundo
cierto es que en reir hallo el remedio,
y si ahora medio mundo
llora de ver llorar al otro medio,
debiera por reirse
todo entero á La Risa suscribirse.
El oro del Perú
mi natural codicia no incitó
como el grato ambigú,
(luciente faro que á mi afan guió)
que es dicha singular
gozar, comer, reir y no gastar.
Apenas de la gloria
la remontada cumbre huella el hombre,
cuando ya ni memoria
de su poder existe, ni su nombre,
que las humanas cosas
si mas brillantes son mas engañosas.
Así yo me juzgaba
de la fortuna escrito en el registro,
y á nadie codiciaba
su suerte, inclusa aquí la de un ministro,
aunque si bien contemplo
ministro jamas fuera, ni aun del templo.
Mas ¡ay! luego penetra
el engaño en mis tripas sin trabajo,
pues no hubo ni una letra
que siquier me supiera á sopas de ajo,
y aunque bebí una copa
á vino sí me supo, mas no á sopa.
Tal vez como específico
permitió en mi favor la mano célica
aumentar el prolífico
mal que produce mi ambicion famélica,
que español y.... católico
de hambre puede morir, mas no de cólico.
Que esto sea un engaño
ninguno de los *rientes* ya lo duda,
y así no será estraño
que una revuelta invoquen en su ayuda,
que estas desgracias labra
el faltar *don Abundio* á su palabra.
Armese ya la broma,
y no de broma nuestra furia amague,
pues ya que uno no coma
no es justo que lo que otros coman pague,
que para cinco hambrientos
son precisos millones cuatrocientos.
Vengan, pues, los retratos
y al grito de igualdad sed consecuentes,
ó acaben nuestros tratos
que engaño tal no sufren los rientes,
y pendones de duelo
álcense en el risueño hispano suelo.
La voluntad de todos
mostrádola os hé ya; y á realizarla
nos sobran dos mil modos
aunque tenaces pretendais coartarla.
Nuestro valer se afirma.
Fecho en esta ciudad: sigue una firma.

Eduardo V. Maiquez.

CONTESTACION
DEL COCINERO DE LA RISA,
A D. EDUARDO V. MAIQUEZ.

Saltando como una cabra
á una alusion personal,
contra el buen corresponsal
me alzo, y pido la palabra.
Verémos quien vence á quien,
pues por oficio y por rango
soy hombre que por el mango
tengo siempre la sarten.
No cediera yo la palma
de mi triunfo al grande *Eduardo*,
ni recibiera un petardo
de *Maiquez* ni del gran *Talma*.
Que no ha de alcanzar quien peque
el perdon de *don Abundio*,
mas que fuera *Fray Gerundio*
ó su lego *Tirabeque*.
Que al criticar mi *ambigú*
el suscritor atrevido,
debe tener entendido
que habló el buey y dijo *mú*.
Dónde hallaron mejor trato
delicados paladares?
Dónde hay mas ricos manjares?
Dónde sirven mas barato?
Por dos tristes reales cedo
tanto guisado esquisito,
que el gastrónomo suscrito
se chupa de gusto el dedo.
Y aunque no es de mi incumbencia
la cuestion de los retratos,
no os dejaré, literatos,
á la luna de Valencia.

¡Vengan..! Desbórdense ciento
contra nuestra Risa al fin;
no me amedrenta un motin,
ni temo un pronunciamiento.

Ya tomé por vida mia
providencias absolutas,
y cuento con los reclutas
del batallon de Pavia.

Desprecio las morondangas
de un suscritor insolente,
que aquí se sabe hacer frente
á revueltas y bullangas.

Risa ó muerte es mi divisa,
y aunque me viera en el potro
gritaría como el otro
lo de Dios salve á la Risa!

Tus insoportables modos
pasan de oscuro castaño
al decir que es un engaño
no dar retratos á todos.

Y que es arbitrariedad
darlos solo al que adelante
veinticinco... No hay aguante
para tanta atrocidad.

¿Cómo á un proceder tan santo
apellidas despotismo?
Vive Dios que no es lo mismo
hacer ó no el adelanto.

Aquel que hace el sacrificio
de adelantar su caudal,
si al moroso no es igual,
bien merece un beneficio.

Porque el hacer lo contrario,
fuera infringir con malicia
el sistema de justicia
y el órden parlamentario.

Que no hay igualdad me dices
y ante tu candor me aturdo,
porque semejante absurdo...
vive Dios tiene narices.

Qué tal sarcasmo se escriba!
Qué tal sin razon se ejerza!
Pues ¿acaso aquí se fuerza
á nadie á que se suscriba?

Se desea... esto es verdad
y tras de uno en otro tomo,
sin decir ni por asomo
que no reina la igualdad.

Y si en tus versos confiesas
que el pagar las veinticinco
es un generoso ahinco,
á que nos vienes con esas?

Igualar al generoso
con el mezquino no es justo,
ni por solo darte gusto
debemos hacer el oso.

Que hacer el oso seria
tras de tanto y tanto anuncio
incurrir en un renuncio...
No harémos tal bobería.

Mas no está bien que ninguno
de este sistema se enoje;
porque el objeto es que afloje
la mosca en tiempo oportuno.

Los desembolsos son tantos,
que nuestra bendita Risa
nos hiciera ir en camisa
sin los tales adelantos.

Probada de varios modos
la igualdad, si no os convence,
la desigualdad se vence
haciendo adelanto todos.
Que somos buenos muchachos,
y tan solo al que de un brinco
venga á pagar veinticinco,
daremos los mamarrachos...
Dibujados con esmero,
no á la merced del capricho
sino con gran arte. He dicho.
Voyme á espumar el puchero.

De órden de S. S. el cocinero en gefe de la Risa
D. Abundio Estofado,

Wenceslao Ayguals de Izco.

EL ESPÍRITU DE CONTRADICCION.

Letrilla.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Tiene el buen hombre
caprichos raros
como los viejos
y los muchachos.
Gasta brasero
todo el verano
y usa en diciembre
calzones blancos.
Porque es un genio
tan condenado
que le enamora
todo lo estraño.
Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Compra en la tienda
lo malo y caro;
pues nada quiere
bueno y barato.
Si le saludan
le lleva el diablo,
y dá las gracias
por un sopapo.
Piensa con hielos
tomar los baños,
aunque rebiente
de un constipado.
Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

¿Vé una trajedia?
rie el zanguango.
¿Viene el sainete?
ya está llorando.
Cuando hay un baile
va cabizbajo
y está en la muerte
solo pensando.
Pero le llevan
al Campo-santo
y allí deshecho
baila el fandango.
Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya de opiniones
con él no trato,
porque de fijo
somos contrarios.
¿Del despotismo
murmuro y charlo?
pues él le llama
gobierno santo;
Mas si á sus filas
luego me paso,
se hace un furioso
republicano.
Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Hasta en su casa,
¡qué estrafalario!
todos los chismes
tiene trocados.
Bebe en cazuela,
come en un vaso,
en una alcuza
sorbe el tabaco;
En la cocina
tiene el piano,
y en una alcoba
cuece el guisado.
Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Sabe que chicas
guapas buscamos;
que á un tiempo tengan
belleza y garbo.
¿Qué hace el maldito?
Se ha enamorado
de una chubasca
de tres al cuarto.
Ancha de arriba
como de abajo;
belfa de un ojo,
tuerta de un lábio...
Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya no le sufro,
ya no le aguanto
que con su genio
me va cargando.
Me dá dos coces
cuando le alhago,
calla si chillo,
chilla si callo.
Si digo bueno
dice que malo;
si digo berzas
dice que nabos.
Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Juan Martinez Villergas.

AMBIGÚ.

Lengua de buey en papel.

Cocida la lengua y cortada en trozos mas ó menos gruesos, se cubre con manteca mezclada con yerbas finas, setas picadas, miga de pan, pimienta y sal, cubriéndola toda con papel dado con manteca, y se pone á tostar sobre un fuego templado.

Paladar de buey á la italiana.

Se divide el paladar en dos pedazos, y cuando haya escurrido se quita todo cuanto queda de la parte negra: se la hace una salsa italiana y se la deja en el fuego templado, cortándola en pedazos cuadrados; se sirve despues adornada de coscorrones.

OBSERVACION.

Por poca destreza é inteligencia que tenga un cocinero, puede preparar el paladar de buey con todas las salsas, y á todos los gustos.

Idem en salpicon.

Se pondrá en un plato sal, pimienta, un poco de mostaza, y una cucharada de vinagre, y se bate todo; se añaden despues yerbas finas, ajos y pepinillos, todo picado; se le añade tres cucharadas de aceite, y se hace cocer en este conjunto los trozos de paladar en tajadas delgadas.

OBSERVACION.

Todo individuo, cuyo estómago puede digerir fácilmente un trozo de vaca preparada de cualquiera modo que sea, puede estar cierto, no solamente de proporcionarse un placer desconocido para los que le desprecian, sino tambien el que se prepara muy bien para cuanto le convenga de la mesa adonde este está convidado; la costumbre, y sobre todo la necesidad, que es una segunda naturaleza en tal caso, obliga á menudo á satisfacer el primer apetito con el cocido. Las aves, la caza, la pastelería, nada iguala ni puede procurar el encontrarse tan bien, como aquel que se contenta con una tajada de vaca suficiente para saciar el hambre que le estimula al principio de un gran convite. Por mas que se sustituya al cocido un rodaballo, un asado, una cabeza de ternera, un rosbif, un capon, ó lo que sea, no hay cosa que para el aficionado sea preferible á un buen cocido cortado en rebanadas mas ó menos gruesas.

TERNERA.

Las principales entradas de ternera son el cuarto asado con yerbas finas á la provenzala, las costillas á lo paisano ó en papel, los sesos á lo marinero, un bollo de hígado, ó preparado á lo paisano, la lengua, los piés, las orejas rebozadas y fritas y las mollejas mechadas.

Salsa blanca de ternera.

Se corta en pedazos lo que queda de la ternera asada: se pone en una cazuela con un trozo de manteca; se polvorea con harina, y cuando esten empapados se les echa suficiente cantidad de agua con sal, pimienta y un manojo de yerbas, y se añade un batido de yemas de huevo y unas gotas de vinagre; y tambien si se quiere setas y cebollas.

NOTA. El próximo número será poli-lingüe. Contendrá una composicion en castellano antiguo del Sr. Hartzenbusch titulada *Mariquita la pelona*; otra en castellano moderno del Sr. Villergas; otra en andaluz del Sr. Gutierrez Moya, otra en asturiano de D. A. P. C.; otra del *Chufero* en valenciano por el *redactor del Mole*; otra en catalan por el Sr. Ribot y un abundante y bien condimentado *Ambigú*. Habrá cuatro caricaturas dibujadas por el Sr. Miranda y grabadas por el Sr. Chamorro.

El tomo primero de LA RISA se vende encuadernado con los retratos de los Sres. Ayguals de Izco, Villergas, Fr. Gerundio y Zorrilla al precio de 60 rs., y solo al de 50 para los suscritores á todo el segundo tomo. Se harán los pedidos á los respectivos comisionados de la *Sociedad Literaria* ó á su director, remitiéndole una libranza del importe en carta franqueada.

LA CARCAJADA. Se ha repartido la segunda entrega de esta coleccion de poesías jocosas de Quevedo, Lope de Vega, Calderon, Moreto y demas célebres autores antiguos, bajo la direccion de Don Wenceslao Ayguals de Izco. Se suscribe á 12 rs. por trimestre y 10 para los suscritores á LA RISA ó cualquiera de las demas obras de la *Sociedad Literaria*.

ESPARTERO. Se ha repartido la segunda entrega y está en prensa la tercera. Todos los periódicos hacen grandes elogios de esta publicacion. Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes y 20 por trimestre; y en las provincias á 10 y 24 rs.

MADRID.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA